

PACIENTES GILLETTE

(vistos por quienes esperan)

“Una clínica cura a los pacientes. Una comunidad que cuida sostiene a las personas”.

I. Los pacientes

Cuando un paciente entra por primera vez en un centro de rehabilitación, rara vez es él quien ha elegido ese momento. A menudo llega acompañado por alguien que ha tomado la decisión más difícil de todas: seguir creyendo que todavía existe un camino.

Quien vive a su lado lleva dentro, siempre, la misma pregunta. ¿Cuándo terminará este calvario? Y enseguida llega otra, obstinada y silenciosa:

¿Por qué él? ¿Por qué nosotros?

En estos lugares, sin embargo, los pacientes no son solo quienes cargan con un diagnóstico. Eso pertenece a la medicina, a las clasificaciones, a los protocolos.

La realidad es otra.

Pacientes son también quienes esperan, quienes acompañan, quienes sostienen. Pacientes son quienes viven cada día junto al sufrimiento, compartiendo miedos, sacrificios, esperanzas y agotamientos que ninguna historia clínica registrará jamás.

Al entrar en un centro de rehabilitación, uno encuentra a otras personas, otras historias, otros destinos en suspenso. Y mientras quien recibe el tratamiento suele estar absorto en su propia batalla diaria, quien lo acompaña observa, compara, reflexiona.

Ve casos más duros, cuadros más graves, caminos más largos.

Y, casi con sentimiento de culpa, piensa:

“Bien mirado, podría haber sido peor”.

Pero cada persona que llega trae una historia distinta y guarda dentro, en el fondo, la misma pregunta, reflejada y moldeada por la incertidumbre:

¿Qué será posible mañana?

En los momentos de espera y de permanencia, las conversaciones cambian de naturaleza. Se habla cada vez menos de la enfermedad y cada vez más de la vida.

Cuentan quiénes eran antes.

Recuerdan cómo empezó todo.

Comparten las pequeñas victorias que a otros pueden parecerles insignificantes, pero que para alguien son un hito inmenso.

Hablan de progresos invisibles, de las decepciones que conviven con la perseverancia, de la esperanza que sigue viviendo dentro de la espera.

Sobre todo, hablan de quienes permanecen cerca.

De cuántos sacrificios hacen quienes siguen tendiendo la mano cada día.

Y a menudo aflora un pensamiento que nadie había previsto:

“Acepto aquello en lo que me he convertido. No es eso lo que me pesa. Lo que me pesa es el peso que les hago cargar a los demás”.

Es un coraje de cada día.

Un coraje silencioso.

Un lugar donde uno no puede permitirse rendirse, donde cada paso exige voluntad, donde hasta la tristeza se esconde para proteger a quienes nos quieren.

Porque quienes están a nuestro lado nos miran con una atención que quizá nunca habíamos conocido.

Cada movimiento se advierte.

Cada mejoría se celebra.

Cada retroceso se comparte.

Nosotros somos los pacientes.

Los que buscamos un camino de vuelta.

Para algunos, un paso es una cosa corriente.

Para otros, es una victoria.

Y, sin embargo, la esperanza sigue ahí, en pie, obstinada, incluso cuando todo parece indicar lo contrario.

Observar las historias de los demás nos enseña a reconocer el valor de lo que aún tenemos.

Y quien de verdad atraviesa el sufrimiento comprende una verdad que a menudo se les escapa a quienes viven en la normalidad:

no son las grandes cosas las que sostienen la vida.

A veces basta con poco.

A veces basta con casi nada.

Y ese casi nada puede llegar a serlo todo.

II. Epílogo

Un paciente es una persona.

Una comunidad del sufrimiento es mucho más.

Nadie puede decir de verdad: a mí no me pasará nunca.

La enfermedad no entiende de rentas, no mide el prestigio, no hace distinciones sociales. Llega sin pedir permiso y cambia la vida de aquel a quien encuentra y la de quienes viven a su lado.

Por eso deberíamos aprender a mirar cada día con mayor gratitud.

A menudo son los propios pacientes quienes comprenden más hondamente el valor de la vida, porque han conocido su fragilidad. Saben lo valioso que puede ser un simple gesto, una mano tendida, una pequeña mejoría que a los demás les parece insignificante.

Y quizá por eso nadie debería sentirse con derecho a juzgar.

Nunca sabemos qué batalla está librando la persona que tenemos delante.

Nunca sabemos qué se esconde detrás de una puerta cerrada, detrás de un silencio, detrás de un agotamiento que nunca se cuenta.

El sufrimiento enseña que la vida no está hecha solo de lo que poseemos, sino de lo que logramos conservar cuando se nos quita mucho.

Y es entonces cuando descubrimos una verdad sencilla.

Para algunos, un paso es una cosa corriente.

Para otros, es una victoria.

Y toda victoria merece respeto.

III. Página del autor

Esta obra no fue un encargo.

No se vendió.

No se hizo con fines comerciales.

Se escribió para dar testimonio del valor de la rehabilitación, de la dignidad humana y de la relación entre las personas.

El único honorario que se pide es un dólar simbólico — no como pago por la obra, sino como testimonio de un compromiso compartido con una cultura del cuidado, de la esperanza y de la responsabilidad.

Ferdinando